

LAS VOCES A VOS DEBIDAS, NORA

María Gabriela Mazzuchino*

Me llegó una invitación inesperada: escribir sobre Nora Pasternac. ¿Pero qué? Me avergüenza admitirlo: la conocía desde hacía poco más de tres años, más como colega del Departamento Académico de Lenguas que como investigadora y escritora, y había leído uno que otro fragmento de su obra. Descubrí, buscando información (el que no haya googleado nunca que tire la primera piedra), su genuina preocupación por la memoria y por las mujeres (no podría citar aquí sus incontables estudios, elaborados en el marco del Taller de Teoría y Crítica Literarias Diana Morán), así como una voluntad —como diría ella respecto de Simone de Beauvoir en su último trabajo— por “rendir cuenta del leve y evanescente polvillo de los hechos de las mujeres rescatándolos del peligro de su triste e insignificante olvido”.¹

No es mi intención exponer una semblanza de su vida, sencillamente porque no podría: me avergüenza también admitirlo, pero de ella conozco tan solo retazos, pequeños fragmentos de un caleidoscopio que, superpuestos a los míos, a veces evocan paisajes y sensaciones similares de una Argentina que no sé si fue, pero que ya seguro no es.

Nora es la de la palabra justa, familiar, que no rehúye a la guasa tanguera y arrabalera (qué placer escuchar cómo pronuncia, con esa cadencia *canyengue* y siempre en el momento exacto, alguna de esas

* Departamento Académico de Lenguas, ITAM.

¹ Nora Pasternac, “Simone de Beauvoir y sus *Memorias de una joven formal*: imágenes de un recorrido”, en Nora Pasternac y Berenice Romero (eds.), *30 años sin Simone. Reflexiones sobre el pensamiento de una joven formal*, 2016, Toluca, FHumanidades UAEM, 2016, p. 35.

palabras que solo los argentinos comprendemos, como si masticáramos los sonidos de la misma fruta prohibida), pero que también hace alarde (involuntario) de un preciosismo lingüístico único: una sintaxis compleja, que se regodea en el detalle; un léxico delicado, virtuoso; un saber insinuar y descubrir lo oculto, como corriendo velos (por algo, en el departamento es la figura obligada, autorizada, cada vez que hay que editar textos o que surge algún dilema de interpretación).

La voz de Nora, familiar por sus ecos del sur, fue como un remanso para mí cuando, prácticamente recién llegada a México, tuve la dicha de empezar a trabajar en el ITAM: generosa, ofició de guía por los pasillos laberínticos y hasta me recomendó, cuando aún no tenía cubículo, un rincón de la biblioteca apacible y escondido (cuándo no, ese amor por los libros) donde leer a gusto, pasar las horas muertas y hasta, llegado el caso, echar una cabezadita.

Poco a poco fui descubriendo todas las Noras que había en ella: aquella con la que puedo viajar a Córdoba en unos pocos minutos; la de los recuerdos y anécdotas de la querida Universidad Nacional de Córdoba, esa que yo ya no conocí; la que pateó mis mismas calles unos cuantos años antes; la que buscó refugio primero en Francia (cuánta fascinación por su cultura, su lengua, sus paisajes y hasta por su comida; qué orgullo para ella, y qué envidia para nosotros, haber tenido de maestro nada menos que a Roland Barthes) y después en México (de cuántos contrastes, de cuántas maravillas y de cuántos sinsabores habremos hablado de vuelta del trabajo, juntas en su auto); la de las clases de Semiólogía en Bellas Artes. Nora, la única con la que puedo compartir un mate y no morir en el intento (“¿De verdad toman de la misma bombilla?”, nos reímos alguna vez, imitando la típica frase del extranjero asqueado), y la que añora los mismos bares del centro de La Docta, la librería Rubén Libros y la sinuosa cañada con su hilito de agua. Las dos somos cordobesas (de la capital) por adopción y por convicción.

¿De qué escribir, entonces? Podría empezar por sus frases, épicas, jugosas, chistosas (escribo solo dos de las innumerables, tal como las recuerdo, no sé si de manera literal): “La pareja, como el tango, se baila siempre de a dos” y “La transferencia no se transfiere” (citando a Marcelo, su compañero de ruta, a propósito del psicoanálisis).

Y podría continuar con sus recomendaciones, nunca imposiciones ni alardes de esnobismo: desde dónde conseguir yerba mate y vino al mejor precio, dónde preparan sándwiches de miga “como los de allá”, cómo hacer un baba ganoush rico y fácil, y, en Buenos Aires, a qué restaurante hebreo ir, hasta las lecturas: Simone de Beauvoir; Jean Allouch, amigo de ella y de Marcelo, y, como este, discípulo de Lacan, a quien citaré largo y tendido en este texto. Lacan, cómo no... Por modestia, nunca se autocitó, pero sé que ella ocuparía un lugar merecido en esa lista heterogénea, una especie de “Biblia y calefón”, como diría el tango, de tesoros variopintos.

Así que, aprovechando la ocasión, abrí algunas páginas suyas “al voleo”, y decidí acercarme a una que otra de esas lecturas señaladas. Porque recomendar es entregar una parte nuestra, entrañable, esperando que el otro se ponga en nuestro lugar o vea con nuestros ojos, para después charlar: de hecho, Nora domina el arte de la conversación como ninguna; con ella es imposible aburrirse, aunque dicen que el aburrimiento nos hace humanos, porque nos lleva (otra vez) a la palabra, al juego, a la lectura...

Lo que ofrezco aquí, entonces, intenta ser un breve retrato de la voz (suya, única, una especie de huella dactilar) que atraviesa los textos de Nora. En realidad, debería decir “las voces”, porque, según el análisis del discurso francés, retomando a Bajtín,² todo discurso evidencia un enmascaramiento de su autor (del “sujeto empírico”) y cristaliza un diálogo,³ puesto que en él resuenan ecos de otros, de modo que, cada vez que hablamos, disponemos una escenificación para que, según el

² Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, 1987, Madrid, Alianza. La bibliografía al respecto es muy vasta, por lo que, para no aburrir al lector, mencionaré solo dos de las referencias que considero esenciales: Oswald Ducrot, quien, en *El decir y lo dicho*, 2001, Buenos Aires, Edicial, retomando a Benveniste (cfr. la siguiente nota), introdujo la distinción entre locutor y enunciador(es), y María Marta García Negroni y Marta Tordesillas Colado, deudoras de aquel trabajo (*La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía*, 2001, Madrid, Gredos).

³ Emile Benveniste fue determinante en el estudio de la enunciación como ese “poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización” (“El apartado formal de la enunciación”, *Problemas de lingüística general*, II, 1979, México, Siglo XXI, p. 83); asimismo, en su análisis del uso de los pronombres *yo* y *tú*, demostró el carácter siempre dinámico del discurso: “Pero, inmediatamente, cuando [el hablante] se declara locutor y asume la lengua, implanta al otro delante de él” (p. 85).

caso, tomen la palabra perspectivas, valores, puntos de vista o tonos diferentes, que no son exactamente nosotros mismos, pero que algo dicen acerca de nosotros: el locutor, la voz que se responsabiliza de lo dicho y que por eso suele manifestarse mediante la primera persona singular, y los enunciadores, seres más escurridizos, rastreables a partir de indicios lingüísticos: la negación (porque siempre que se dice *no* se polemiza con quien dice *sí*), la interrogación (porque preguntar/se es interpelar a otro, planteando una cuestión que requiere respuesta o reflexión), los subjetivemas (pistas de las emociones o juicios del escritor, similares a las moronas de Hansel y Gretel, que permiten llegar a la casa del sentido)⁴ y, por supuesto, la estructura sintáctica (cómo se ordenan las frases, en cajitas chinas, y qué se ubica en el centro de atención), entre muchísimas otras posibilidades.

Sin ánimo de asimilar a Nora con las voces que atraviesan sus textos (si lo hiciera, estaría traicionando a los franceses desde un referencialismo ingenuo, y, ay de mí, justo con Nora, no me lo perdonaría), me atrevo a esbozar una imagen de esos “ecos” que habitan algunos de sus textos, a sabiendas de que la mía será una tarea incompleta, una tentativa de asir el aire.

En uno de los innumerables viajes a Tlalpan, sorteando baches y peatones que aparecen de repente por cualquier lado, Nora me habló de Jean Allouch, lacaniano y gran amigo de Marcelo y de ella (lo primero no determina lo segundo, pero dice mucho): “Tenés que leerlo”, me dijo. Encontré la transcripción de una conferencia suya en el gran anfiteatro de la Sorbona, con motivo del centenario del padre del psicoanálisis posmoderno: “De Lacan me burlo” era el corrosivo título.⁵ No solo me impresionó el aparente descaro (¡burlarse nada menos que de Lacan!); si analizamos la sintaxis del título, lo focalizado, “De Lacan”, nos induce a otra lectura, confirmada después de repasar varias veces el texto: el espacio a donde van a parar todos los reflectores, la parte más

⁴Hasta donde sé, quien introdujo el concepto de “subjetivema” y sistematizó los recursos lingüísticos que permiten configurar (o detectar) la subjetividad en el discurso fue Catherine Kerbrat-Orecchioni, en *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, 1986, Buenos Aires, Hachette. Sin embargo, fue Benveniste (*ibid.*) quien primero señaló que “el acto individual de apropiación de la lengua introduce al que habla *en su habla*” (p. 85; cursivas mías).

⁵Jean Allouch, “De Lacan me burlo”, en <<http://www.jeanallouch.com/pdf/118>>.

informativa de la oración, es, en efecto, Lacan. ¿Qué clase de burla será esa, si todos los caminos conducen al mismo punto, al maestro?, me pregunté. ¿Sería un homenaje-diatriba, un repaso de los postulados que marcaron a fuego la práctica psiquiátrica?

Algunas citas de Allouch me iluminaron: “El psiquiatra necesita un psiquiatra”; “No hay, de un lado un loco y del otro, un médico”; “Lacan no me importa, y ni siquiera el psicoanálisis, porque hay algo que sí me importa, desde mi poca tierna infancia, y es la locura”; “Yo me burlo de Lacan [pero] [...] Lacan no se burló de mí [...] ¿Cómo no se burló de mí? Haciéndose, por mi demanda, mi psicoanalista”. Resulta que la burla de Allouch se vincula con la tan mentada “transferencia”, dirigida al Lacan analista (levante la mano el paciente que no se haya reído de su psicólogo o psiquiatra alguna vez) y no al pensador (menos aún a su pensamiento). En una nota al pie, como al pasar, en letra diminuta, el autor reflexiona sobre los nuevos “usuarios de la psiquiatría”, otrora pacientes o enfermos, y sobre esa inquietante tendencia a “suprimir el síntoma” por parte de los “profesionales de la salud”. Sus comillas de distancia me interpelan: no hay burla auténtica en el texto, sino un reconocimiento agradecido, amoroso. Y comprendo por qué Nora me recomendó acercarme a su amigo.

En otra búsqueda, descubrí que Nora y Marcelo tradujeron los (innumerables) neologismos de Lacan. Prometo leerlos todos, me digo, y, mientras tanto, rescato del cofre de los tesoros uno con el que se abre el volumen 37 de la revista *Litoral*.⁶ “almar” (corroboro que no hay obra sobre Lacan que no cite a los Pasternac, Nora y Marcelo, bien desde la traducción a cuatro manos, bien desde el psicoanálisis). La entrada dice lo siguiente:

âmer, verbo.

Neologismo en forma de verbo, por condensación de las referencias al verbo *aimer* (amar) y al sustantivo *âme* (alma). Se puede construir con los mismos recursos neologismos en español, el verbo *almar* y sus inflexiones: “lo que uno alma, yo almo, tú almas, él alma”.⁷

⁶ Beatriz Aguad, “Presentación”, *Litoral. Almar*, 37 (2006), pp. 5-13.

⁷ Nora Pasternac y Marcelo Pasternac, *Comentarios a neologismos de Jacques Lacan*, 2003, México, Epeeel, p. 50, *apud* “Presentación”, *Litoral. École Lacanienne de Psychanalyse*, 37 (2006), p. 6.

No tengo dudas de que “almar” ya no será un neologismo para mí, que siempre sentí pudor o aun extrañeza de decir “te amo” (frase bastardeada, con hechura de culebrón, que algunos le estampan a cualquiera). *Almar*, en cambio —quiero creer—, materializa, en su morfología misma, el hecho de que el amor está en nuestra alma, alimentándola como un fuego, y desnuda esa otredad constitutiva (esencial en Lacan y en el discurso), porque es “tomar al otro por su alma”, haciendo que lo amado se convierta en uno mismo.

Pienso, después, en un artículo polémico de Nora (más que por su contenido, por el título elegido, creo yo): “El caso Margo Glantz”.⁸ ¿Por qué incomodó ese título? Según la RAE (tanto cuestionarla, y al final siempre es a la primera que citamos), “caso” es un “Catálogo de noticias o datos de un mismo género, ordenados alfabéticamente”, definición que no se ajusta al texto de Nora. Un “estudio de caso” también es una metodología, cualitativa, a la que le interesa más indagar en profundidad sobre un hecho o sujeto, hilar en su especificidad, que generalizar a partir de un cúmulo de datos cuantitativos. Quizá por esta íntima conexión del caso con lo único, peculiar, el nombre se emplea, además de para referirse a lo exclusivo en su tipo, a lo sonado, escandaloso o mortal (de hecho, *El caso* fue un semanario español “de sucesos”; es decir, de crónicas policiales): el caso Watergate, el caso Lewinsky, el caso de la Dalia Negra, los casos de dopaje, los casos de plagio... Ninguno de ellos calza tampoco en el texto de Nora, que, en cambio, apunta en la primera dirección, al calificar a la obra de Glantz de “extraordinaria muestra de escritura” o a la carrera de la autora, de “excepcional”. Sobre ella, con cariño, nos invita a reflexionar de esta manera: “Recordemos que Margo es apenas la tercera mujer que entra a la Academia, que, como todas las academias de la lengua, ha roto hace relativamente poco tiempo con la proscripción impuesta a las escritoras”. En el elogio subyace el reconocimiento de lo que representa, para las mujeres, esa designación como miembro (¿o miembro?, se preguntaría alguien) de la Academia Mexicana de la Lengua, y, en última instancia, el reconocimiento de la valía de la mujer (de cualquier mujer) frente al hombre. (Nora, la de carne

⁸Nora Pasternac, “El caso Margo Glantz”, *Debate Feminista*, 17 (1998), pp. 280-288.

y hueso, siempre se indigna ante cualquier machismo, grosero o sutil, y no se calla la boca ante las injusticias). El “caso” analizado no se refiere a lo que de “blasfematorio” pueda tener el texto de Glantz, a lo escandaloso (una de las connotaciones de la palabra “caso”); antes bien, lo plantea como ciertamente extraordinario: por la admiración que le despierta la escritura de la mexicana (Nora fue de las primeras, si no la primera, en estudiarla) y, más aún, por lo que esta representa para las mujeres.

Los párrafos de ese artículo son densos y están plagados de referencias; la voz ilustrada, detallista, que prefiere la tercera persona (una autoridad en lo suyo), da paso a una primera persona que no teme hacerse cargo de sus asociaciones e interpretaciones, expuestas como relativas (aunque la erudición parezca contradecirla) y que también es capaz de mostrarse dubitativa o falible (como cabe a todo investigador que se precie): “La novela plantea dos grandes referencias, a mi entender, entre muchas otras que dejaré de lado en esta exposición”, afirman dos enunciadores muy dispares en el limitado espacio de la misma oración.

También emerge un enunciadador-analista —que se me figura un terapeuta—, el cual reflexiona como ese Otro al que se refería Allouch, el par o médico-también-paciente, cuya mirada, por tanto, es siempre comprensiva, compasiva: “Y porque el deseo ignora todo futuro y todas las consecuencias, no hay mirada exterior que lo juzgue”.⁹

La primera del plural encubre modestia o, la mayoría de las veces, nos interpela mediante el “*nosotros* inclusivo”: “Notemos en este pasaje...”, “Ya sabemos cómo...”, “Recordemos...”; es una voz que, como el hilo de Ariadna, nos ayuda a recorrer el texto para co-construir el sentido, y que nos va guiando por los recovecos de la obra de Glantz, estableciendo asociaciones y echando luz en sus rincones oscuros. Inevitable pensar, en este punto, en la Nora docente, con su experiencia de tantísimos años, aquí y allá.

En su último texto, sobre Simón de Beauvoir, quizá estemos ante un palimpsesto, me aventuro a imaginar: bajo las palabras dedicadas a la

⁹ *Ibid.*, p. 287.

francesa, tal vez resuene, borrosa, otra “historia de vocación intelectual”,¹⁰ la de Nora, y un camino “de liberación y ascensión”,¹¹ el que la llevó primero a Córdoba y después más lejos, al norte. (Mientras escribo esto, cómo no recordarme de joven, en Brasil, en pleno *boom* neoliberal argentino, después de un viaje de 24 horas en un bus sin aire acondicionado —mi primer viaje al exterior—, en una playa atestada de cuerpos bronceados en trajes de baño diminutos, devorando *La mujer rota*, como un insecto disecándose al sol, absorta en sus páginas.)

Ignoro si Nora, como Simone de Beauvoir, vivió “la transformación de la niñita obediente en joven rebelde”,¹² pero intuyo que esa frase condensa la vida de muchas mujeres, y que nos representa. En el mismo texto, la tercera persona (la voz experta) se interrumpe cuando estalla la emoción: “La he citado largamente para que se escuche su voz, tan particular, y porque no se podría dar una reseña más perfecta de las *Memorias*”.¹³ El locutor toma la palabra para subrayar “el placer del texto” (como diría Barthes) y para señalar la importancia de escuchar al otro, un rasgo, el de la escucha, que también cultiva la Nora real.

Nora, además, hace alarde de un humor excepcional, de ese humor que, como señala Allouch al definir al psiquiatra, implica reírse de un alguien pero “con él o, al menos, no sin él”.¹⁴ El humor no es, para ella, la excusa para reírse de cualquier cosa o la risa fácil, chabacana, sino una vía para conjuntar intelecto y emoción. Un día, cuando alguien, contando un “chiste”, calificó a otro de “puto”, Nora de inmediato advirtió, con mucha razón: “Hay que desterrar esa palabra: es homofóbica”; “No se puede hacer humor con las minorías”, concluyó otra vez. Hay, en ella, un afán por aprehender la palabra, consciente de que esta nos crea y define, pero puede demolernos también.

Para concluir esta miscelánea de voces, no puedo dejar de mencionar otros dos últimos ejemplos.

¹⁰ Pasternac, “Simone de Beauvoir y sus *Memorias de una joven formal*”, p. 31.

¹¹ *Ibid.*, p. 35.

¹² *Ibid.*, p. 28.

¹³ *Ibid.*, p. 31.

¹⁴ *Ibid.*, p. 7.

El primero, de Marcelo Pasternac, en “Estilo, amor, Lacan y contingencia”,¹⁵ parte de la obra de Allouch sobre “los giros” del tema del amor en Lacan, en el marco de una cruenta polémica sobre el “fin del psicoanálisis” (que, evidentemente, no fue). Allí, Marcelo nos regala una analogía preciosa: el amor es “como la rareza, pero posibilidad ocasional de un acierto, en el juego de la morra”. Recordemos que este juego antiquísimo (*micatio* para los romanos) consistía en que dos adversarios, enfrentados con el puño cerrado, levantarán al mismo tiempo los dedos y dijera un número, de modo que triunfaba quien enunciara un número igual al total de los dedos mostrados. Una persona libre de toda sospecha, añade Marcelo, es aquella con la que se puede jugar a la morra en la oscuridad. Intuyo que Nora es una de ellas. Y que Marcelo, como ella para él, lo fue.

El segundo retoma un título (cuándo no) de Allouch que (cuándo no) a su vez retoma a Lacan: “Faltar a la cita”.¹⁶ Como me comentó Nora en uno de nuestros últimos viajes en auto, esa frase condensa la ética del psicoanálisis: faltar a la cita con el psicoanalista supone, para el paciente, ejercer la responsabilidad y (auto)liberarse de la terapia; estar mejor.

Cierro este texto con la alegría de no haber faltado a esta convocatoria para escribir sobre Nora (porque es ella la que está en el fondo de este coro de voces) y con el deseo ferviente de que, en la vida, pueda faltar a esas otras citas. Imagino que Nora estará de acuerdo conmigo.

¹⁵ Texto leído en la presentación del número 36 de *Litoral* (2005), en la librería Octavio Paz del FCE.

¹⁶ Susana Bercovich, “‘Faltar a la cita’ de Jean Allouch. Comentario y cosechas”, *Litoral*, 33 (2003), pp. 177-190.